

## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLOTILDE (28 años).....	SRA. PINO.
MARÍA LUISA (34 id.).....	LAS HERAS.
MISS JENNY (40 id.).....	CARO.
UNA SEÑORA.....	LUNA.
UNA SEÑORITA.....	SETA. PÉREZ DE VARGAS.
GUSTAVO MARÍN (32 id.)....	Sr. BORRÁS.
AGUSTÍN MONTERO (30 id.)..	GONZÁLVEZ.
RICARDO SOLER (30 id.)....	MENDIGUCHÍA.
DON LUIS ACUÑA (66 id.)...	RAMÍREZ.
PEPITO (25 id.).....	LLANO.
UN CRIADO.....	HERRERA.

## ACTO PRIMERO

Despacho elegante. Puertas foro y derecha. A la izquierda balcón. En el ángulo, mesa escritorio, llena de papeles. En primer término, frente al balcón, otra mesa supletoria, con papeles también. Sillería lujosa. Delante de la mesa supletoria una silla.

### ESCENA PRIMERA

PEPITO. Después MARÍA LUISA. Pepito sentado ante la mesa supletoria examina la correspondencia de Gustavo rompiendo los sobres, ordenando las cartas en pequeños montones y poniendo en ellas notas y observaciones. Deja algunos sobres sin abrir después de mirarlos detenidamente. Entra María Luisa elegantemente vestida con traje de mañana

MARÍA (Asomando la cabeza entre las cortinas.) ¿Se puede?  
PEP. Adelante. (Sorprendido al reconocer a María Luisa levántase precipitadamente y sale a su encuentro.)  
¡Cómo! ¿Usted? ¿Viene usted a ver á...? Pues no está. Ha salido.  
MARÍA Sí, ya lo sé. Me lo ha dicho Antonio. Pero me dijo también que volverá en seguida. De manera que si lo tiene usted inconveniente...  
PEP. ¡Señora, por Dios, yo!  
MARÍA En ese caso le aguardaré.  
PEP. Como usted guste. (María Luisa se sienta en una butaca. Pepito permanece de pie. Breve pausa.)

MARÍA (Señalando á Pepito la mesa supletoria.) Siga usted, siga usted su trabajo. Por mí no lo interrumpa.

PEP. No, si ya está casi terminado.

MARÍA Razón de más para que lo termine definitivamente.

PEP. Entonces, con su permiso.

MARÍA Desde luego. ¡No faltaba más! (Pepito se sienta de nuevo ante la mesa supletoria y sigue su trabajo.) ¿Es la correspondencia de Gustavo?

PEP. Sí, señora.

MARÍA ¡Oh, muy voluminosa! No creía yo que recibiera tantas cartas.

PEP. Regular. De cuarenta á cincuenta diarias. Para mí bastan, créalo usted.

MARÍA Lo creo. ¿Y todas tiene usted que contestarlas?

PEP. Casi todas. Eso de que las cartas se pierden es pura fantasía.

MARÍA Ya es tarea.

PEP. Pch...

MARÍA ¿Serán de política?

PEP. La mayor parte. Peticiones y chinchorrerías del distrito.

MARÍA Ya... (Otra pausa. María Luisa coge un periódico ilustrado y lo hojea distraídamente. Pepito sigue su quehacer.) ¿Y ha llegado bien Gustavo?

PEP. Sí, muy bien.

MARÍA ¿Vendrá encantado del viaje?

PEP. No sé; apenas tuve tiempo de hablar con él. Desde la estación vinimos en el coche directamente y se acostó en seguida. Estaba muy cansado.

MARÍA Es natural.

PEP. Por la noche después de cenar vine á verle, pero me encontré con que había salido. Yo creí que habría ido á... vamos, á...

MARÍA No, no estuvo. Ni esta mañana tampoco. Por eso precisamente he venido yo.

PEP. Pues nada, yo creía... ¡Por Dios, María Luisa! ¡Ruego á usted que no se dé por entendida! No vaya á figurarse...

MARÍA Descuide usted. Ni una palabra.

PEP. Gracias.

MARÍA Y esta mañana, ¿no sabe usted á donde fué?

PEP. No, nada; no sé nada. He venido á las once como todos los días y...

MARÍA ¡Y son las do! (Levantándose y mirando el reloj.) ¿A dónde habrá ido ese hombre?

PEP. Cualquiera asunto urgente. Como es el primer día de estar en Madrid...

MARÍA Lo más urgente era ir á verme á mí.

PEP. Por lo menos, yo en su caso... (Mirándola fijamente.)

MARÍA Pues ya ve usted, él no. (Pepito la mira, da un suspiro y sigue examinando la correspondencia. María Luisa da varios paseos por la habitación.)

MARÍA ¡Es capaz de haberse quedado á almorzar con cualquiera!

PEP. Es capaz.

MARÍA ¡Y de no volver en toda la tarde!

PEP. Es posible.

MARÍA Entonces, ¿qué hago yo aquí?

PEP. Usted verá.

MARÍA Me marchó.

PEP. Como usted guste.

MARÍA Pero, ¿y si viene?

PEP. ¿Y si viene?

MARÍA Entonces me quedo.

PEP. Como á usted le parezca. (María Luisa permanece pensativa. Saca el reloj, vuelve á mirar la hora, golpea el suelo con el pie, juguetea con los dedos sobre un mueble y da otras muestras de impaciencia. Después se aproxima á la mesa en que está trabajando Pepito y se apoya en ella con gran coquetería.)

MARÍA (Con mucho mimo.) ¿De veras no sabe usted á dónde ha ido Gustavo?

PEP. De veras.

MARÍA ¿De verdad?

PEP. ¡Por Dios, María Luisa!

MARÍA (Recostándose sobre la mesa para aproximarse más á él y cada vez con mayor coquetería.) ¡No me engañe usted!

PEP. ¡Señora!

MARÍA (Mirándole fijamente.) ¿Puedo creerle? (Ya en pie.)

PEP. Claro que sí.

MARÍA (Dejándose caer sobre la silla y suspirando.) ¡Ay, qué hombres!

PEP. (Nervioso.) ¡Y qué mujeres!  
MARÍA ¿Qué decía usted?  
PEP. No, nada. (sigue trabajando.)  
MARÍA (Cogiendo una de las cartas que hay sobre la mesa y leyéndola.) «El ministro de Hacienda.—Particular.—Señor don Gustavo Marín.—Mi querido amigo: Con mucho gusto tomo nota de la recomendación que me hace usted para la pronta resolución del expediente...» (Dejándola y cogiendo otra.) Yo conozco esta letra. ¡Toma! ¡Ya lo creo! A ver... «Mi querido amigo: Con mucho gusto tomo nota de la recomendación que me hace usted.» ¡Pero estas cartas son todas iguales!  
PEP. Es que las peticiones también son parecidas.  
MARÍA Y estos sobres, ¿por qué no los abre usted?  
PEP. Son cartas privadas, de familia.  
MARÍA Ya.  
PEP. (Mostrándole una.) Esta es de su padre.  
MARÍA (Examinándola.) ¡Mire usted don Fermín! ¡A pesar de sus años qué pulso tan firme! ¿Y ésta?  
PEP. De su hermano Pepe.  
MARÍA ¿Y ésta? (Cogiendo vivamente un pequeño sobre de color.)  
PEP. Ésta... esta... Ah, sí, de su hermana.  
MARÍA ¿Está usted seguro?  
PEP. Naturalmente. (Azorado, quitándole la carta.)  
MARÍA Abra usted esa carta, Pepito.  
PEP. ¡Señoral  
MARÍA La abre usted ó la abro yo. Yo necesito saber de quién es esa carta.  
PEP. María Luisa, no me comprometa usted.  
MARÍA Pero, ¿por qué? ¿Qué inconveniente puede haber en ello?  
PEP. ¡Cuando le digo que no puedo!  
MARÍA Pero, ¿por qué?  
PEP. Porque no.  
MARÍA ¿Porque es de una mujer y usted lo considera una indiscreción? ¿O es que existe alguna prohibición especial? Pues lo que es esta vez se rompe la costumbre. Deme usted esa carta.

PEP. Reflexione usted que...  
MARÍA Usted no tiene responsabilidad alguna. La acepto yo toda. (Arrebatándole el sobre.)  
PEP. (Tratando de recuperarle.) ¿Qué va usted á hacer?  
MARÍA Nada, ya está hecho. (Rasgando el sobre.)  
PEP. ¿Y qué digo yo ahora?  
MARÍA No sea usted pesado. Me echa á mí la culpa (Leyendo.) «Necesito hablar contigo hoy mismo sin falta. Va en ello mi felicidad. Te espero á las once con Jenny donde siempre. Clotilde.» ¿Con Jenny? Esta carta es de Clotilde Acuña. ¿Qué quiere decir esta carta, Pepito?  
PEP. No sé.  
MARÍA ¡Miente usted!  
PEP. ¡Señoral  
MARÍA Miente usted, le digo.  
PEP. ¡E-to ya!...  
MARÍA Es usted digno secretario de Gustavo. Tal para cual.  
PEP. Pues, bien, no; está usted equivocada completamente. Ignoro lo que él pensará de esa carta, pero le doy á usted mi palabra de que yo no sé lo que quiere decir.  
MARÍA ¿Será usted capaz de afirmar que no conoce los secretos de Gustavo?  
PEP. Precisamente por eso no me lo explico.  
MARÍA ¿Pero es posible?  
PEP. Le he dado á usted mi palabra de honor.  
MARÍA ¡Pero si es negar la evidencia! Lea usted hombre, lea usted. «Donde siempre, donde siempre.» (Deja la carta sobre la mesa.)  
PEP. Ya lo veo. ¿Y qué quiere usted que yo le diga?  
MARÍA La verdad. ¿Qué hay de común entre Gustavo y Clotilde Acuña?  
PEP. Nada.  
MARÍA ¡Imposible!  
PEP. Hoy, nada.  
MARÍA ¿Hoy? Luego lo hubo.  
PEP. Eso ya no lo sé.  
MARÍA Sí; lo sabe usted. Con usted Gustavo no tiene secretos.

- PEP. Y aunque así fuera. ¿En qué puede á usted interesarle? Las cosas que fueron pasaron para siempre. Cayeron al río y la corriente se las llevó. Deje usted que corran. ¿Qué importa lo que fué?
- MARÍA No, Pepito, no fué; es.
- PEP. ¡Si lo sabré yo!
- MARÍA Sin embargo, esta carta...
- PEP. Yo le garantizo á usted que... ¿Usted tiene confianza en mí?
- MARÍA Siempre le tuve por un buen amigo.
- PEP. ¿Y guardaría para usted sola, una vez sabido, lo que yo le dijera?
- MARÍA Como una tumba.
- PEP. Entonces oiga usted. Voy á decirle con toda sinceridad lo que yo opino de esa carta (María Luisa apoyando los codos en la mesa y la cara en las manos, le escucha con gran atención.) Hará próximamente tres años Clotilde y él estuvieron en relaciones.
- MARÍA ¿Ve usted?
- PEP. Calma. Relaciones platónicas, que no trascendieron al mundo.
- MARÍA En efecto, yo no sabía...
- PEP. Ni nadie. Duraron muy poco. Un relámpago. Clotilde, como es natural, deseaba casarse, y él... ¡El, no sabe usted lo refractario que es al matrimonio!...
- MARÍA ¿Le lo cuenta usted á mí?
- PEP. Por esto vino al instante la ruptura. Ni menos ni más.
- MARÍA Pero, ¿y la carta de hoy?
- PEP. Clotilde se va á casar con Agustín Montero. Está, según dicen, apasionadísima por él. Agustín es íntimo amigo de Gustavo. Tal vez Clotilde tema...
- MARÍA ¿Qué?
- PEP. ¡Qué sé yo! Cualquier cosa... Una palabra imprudente, cartas sin devolver...
- MARÍA No, no es eso. ¡Digo, á menos que en esos amores haya habido!...
- PEP. ¡Qué disparate!
- MARÍA Sea lo que fuere, yo lo sabré.
- PEP. ¿Cómo? (Levantándose.)

- MARÍA Me lo dirá Gustavo. ¡O la misma Clotilde!
- PEP. ¿Está usted loca?
- MARÍA Loca ó celosa, ¡qué más da!
- PEP. Usted es la primera interesada en evitar el escándalo. Tendría que empezar por confesar que entre Gustavo y usted...
- MARÍA ¡Ah! ¡Claro está!
- PEP. Eso no es posible.
- MARÍA ¿Por qué?
- PEP. ¡Señora, porque vivimos en el mundo!
- MARÍA Soy viuda, soy libre. ¡Qué me importa á mí el mundo, ni mi honra ni nada!
- PEP. ¡Qué locura!
- MARÍA (Exaltándose.) ¿Pero usted cree que al aceptar el amor de Gustavo, no sabía yo de antemano á todo lo que me comprometía? ¿Usted cree que no sé lo que me estoy jugando diariamente? ¿Usted cree que no sé á lo que me expongo cada vez que vengo á esta casa? ¡Y sin embargo vengo! ¡Ya ve usted que vengo! Yo paso por todo menos por el engaño.
- PEP. ¡Pero si no le hay!
- MARÍA Dios lo quiera. Por el bien de todos, Dios lo quiera. (Escuchando atentamente.) Ha parado un coche. ¿Será Gustavo?
- PEP. Probablemente. Aguarde usted. (Asomándose á un balcón y volviendo á entrar) Si, él es. Pero no viene sólo. Viene con Agustín Montero y con otro á quien no he podido ver.
- MARÍA ¡Dios mío! ¿Y qué hago yo? (Azorada.)
- PEP. ¿No decía usted ahora mismo que no le importaba nada de nada? (Burlón.)
- MARÍA Déjese usted de bromas.
- PEP. Salga usted por aquí. (Señalando puerta derecha.) Recto al comedor y una vez en el comedor...
- MARÍA Si ya sé; á la izquierda.
- PEP. Eso es.
- MARÍA Dígame usted que volveré dentro de dos horas.
- PEP. Está bien. (Sale María Luisa.) ¡Señor, señor! ¡Cuándo seré yo secretario particular de un hombre muy morigerado y muy feo y con muchos hijos y muy enamorado de su mujer... si es posible! (Se sienta ante la mesa suplementaria para seguir examinando la correspondencia.)

ESCENA II

PEPITO, GUSTAVO, AGUSTÍN, RICARDO

AGUS. Es un viaje interesantísimo. (Por toro.)  
 GUST. Encantador. Cuanto se diga es poco. Paisajes brumosos, misterio, poesía, sensaciones nuevas; un mundo distinto. No me perdono no haber ido antes.

PEP. Señores, buenas tardes.  
 AGUS. Buenas tardes, Pepito.  
 RIC. Trabajando, ¿eh?  
 PEP. ¡Peh! Se hace lo que se puede.  
 GUST. Sí, sí, valiente vago.  
 AGUS. No haga usted caso, Pepito. Precisamente venía diciéndonos que es usted el secretario ideal.

GUST. Eso es; dadle alas. Es lo único que le hace falta. Pero, ¿qué es eso? ¿No queréis sentaros?

AGUS. Nos vamos en seguida. No veníamos más que á saber cómo habías llegado, cuando te encontramos.

GUST. Pero eso no quita para que charlemos un rato. Pepito, ¿quieres hacer el favor de llamar? ¿Qué queréis tomar? Cognac, Charreuse, cerveza?

RIC. Yo, Cognac. Acabo de comer.  
 AGUS. Y yo.  
 GUST. Bien, Cognac. (Pepito toca un timbre. Después vuelve á sentarse ante la mesa. Agustín y Gustavo se sientan en las butacas. Ricardo se acerca á la mesa de Pepito y se sienta en la silla que antes ocupaba María Luisa. Un Criado entra. Pepito le hace señas para que se aproxime y habla con él en voz baja. El Criado se va y vuelve, cuando se indique, con una bandeja en que trae botella, copas y una caja de cigarros.)

AGUS. (A Gustavo.) Vienes muy bien.  
 GUST. Sí, me ha probado el viaje.  
 AGUS. Y á mí, ¿cómo me encuentras?  
 GUST. Hombre, la verdad...  
 AGUS. ¿Más viejo?

GUST. No, hijo; no pases cuidado por tus encantos físicos. Sigues tan guapo como de costumbre.

AGUS. Gracias.  
 GUST. Te encuentro.. más triste.  
 AGUS. No, cansado. Trabajo mucho.  
 GUST. Si es con fruto. (Haciendo señal de dinero.)  
 AGUS. No me quejo. (Entra el Criado con la bandeja y sirve á todos copas y ofrece cigarros.)

RIC. (A Pepito.) Bien, Pepito, bien. ¿Y esas conquistas?  
 PEP. ¡Peh! se hace lo que se puede.  
 RIC. Lo creo. De tal palo tal astilla.  
 PEP. ¿Lo dice usted por...? (Señalando á Gustavo.)  
 RIC. Naturalmente.  
 PEP. ¡Oh! pero él me gana.  
 RIC. Nos gana á todos. Apostaría la cabeza á que entre esas cartas hay más de una esquila perfumada.

PEP. No; hoy no hay ninguna. (Cogiendo apresuradamente la carta de Clotilde y guardándosela en el bolsillo.)

RIC. (Que ha sorprendido el movimiento.) ¿Y esa?  
 PEP. Esta es mía.  
 RIC. Que se deja usted el sobre. (Dándoselo.)  
 PEP. Verdad. (Arrebatándoselo.)  
 RIC. (Recogiendo un guante de señora que hay también sobre la mesa.) Y este guante, ¿también es de usted?

PEP. Naturalmente. (Cogiéndolo y guardándoselo.) Se me cayó del bolsillo al sacar el pañuelo.

RIC. Ya... (siguen en voz baja.)  
 AGUS. (A Gustavo.) ¿De modo que has estado fuera cuatro meses?

GUST. Cinco. He recorrido toda la Gran Bretaña. Especialmente Escocia. Y á la vuelta me he detenido en París.

AGUS. ¡Admirable! Te habrás divertido.  
 GUST. Bastante... ¿Y tú por aquí? ¿Sigues con aquélla?

AGUS. ¡Cá! Para mí todas esas cosas acabaron.  
 GUST. ¿Cómo?  
 AGUS. Me he vuelto resueltamente formal.  
 GUST. ¡Hombre!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

AGUS. ¡Hay novedades!  
GUST. ¿Novedades?  
AGUS. Me caso.  
GUST. ¿Que tú te?... No digas tonterías.  
AGUS. Sí, hombre, sí; en serio. Pregúntale á Ricardo. ¿Verdad, Ricardo, que me caso?  
RIC. (Volviendo la cabeza y haciendo signos afirmativos.)  
¡Siempre dije yo que acabaría mal!  
GUST. Me dejas atónito. ¿Tú, casado? ¿Y con quién?  
AGUS. Adivínalo.  
GUST. No sé...  
AGUS. Una amiga tuya.  
GUST. ¿Amiga mía? ¿Quién?  
AGUS. (Levantándose.) Clotilde Acuña.  
GUST. ¿Que tú te casas con Clotilde Acuña?  
AGUS. Sí, hombre, sí. ¿Qué tiene eso de particular?  
GUST. No; nada...  
AGUS. Ha sido un idilio sencillísimo. La conocí en la calle.  
GUST. Hay días en que no debía uno salir á la calle.  
AGUS. Me gustó... me hice presentar... Empezamos en broma y acabamos en serio.  
GUST. Más valiera empezar en serio y acabar en broma.  
AGUS. Es una muchacha que reúne excelentes condiciones. Digo, tú la conoces. Hermosura, talento, discreción...  
GUST. Todo eso tiene. Y su mérito es doble, porque, huérfana desde niña, su tío no la cuida gran cosa.  
AGUS. No digas eso. Don Luis Acuña es un hombre muy serio.  
GUST. Sí; ¡siempre de negro!  
AGUS. El te quiere mucho.  
GUST. Sí; es una antigua relación de familia. Mi abuelo y él, fueron siempre muy amigos. ¡Se quedó con media fortuna de mi abuelo!  
AGUS. Y de la chica, ¿qué tienes que decir? (se sienta.)  
GUST. Nada, nada. Sólo elogios merece.  
AGUS. ¿Según eso, apruebas mi determinación?  
GUST. De ninguna manera.  
AGUS. ¡Hombre! ¿Y por qué no?

GUST. Porque no.  
AGUS. No es un argumento.  
GUST. No trato de darte argumentos sino mi opinión.  
AGUS. Pues perderás lastimosamente el tiempo, porque me casaré.  
GUST. O no te casarás.  
AGUS. (En broma.) ¿Piensas oponerte?  
GUST. ¡Quién sabe!  
AGUS. (Riendo.) ¡Esto es delicioso, verdaderamente delicioso!  
RIC. (Volviendo la cabeza.) ¿Qué ocurre?  
AGUS. Ven acá, hombre, ven acá; que esto es extraordinario.  
RIC. ¿Qué es ello? (Acercándose.)  
AGUS. ¡Este hombre, que no quiere que yo me case!  
RIC. (A Gustavo.) Nada, chico, no te molestes. ¡Más que le he dicho yo! Está completamente loco.  
AGUS. Los locos, sois vosotros. Desengañaos; esta vida que llevamos, no conduce á nada. El hombre necesita una compañera, una familia, un hogar.  
RIC. ¿Nos vas á echar un sermoncito?  
AGUS. Y vosotros, todavía... Tenéis fortuna, posición independiente... Yo no. Yo sólo tengo lo que gano.  
GUST. Razón de más.  
AGUS. Yo necesito tranquilidad para asegurarme una posición, para afianzar mi felicidad.  
GUST. ¡Tu felicidad! ¿Crees que la hallarás casándote?  
AGUS. Sí. Me he convencido de que para ser feliz en el matrimonio basta con un poco de amor, un poco de talento y un poco de honradad.  
GUST. Y, ¿nada más?  
AGUS. Y un poco de dinero.  
GUST. Y, ¿nada más?  
AGUS. Nada más.  
RIC. Pensando de ese modo, sí, quizás seas feliz.  
GUST. ¡Oh, no! ¡Qué locura! ¡Eso no basta!  
AGUS. Pues, ¿qué hace falta?  
GUST. No sé, no puedo decírtelo... Son cosas muy

graves para expuestas así, de sopetón. Además, ya voy desesperando de transformarte. (Pausa.) Pero, hombre, mírate en mi espejo. Yo soy un hombre fuerte. Yo estoy en el verdadero secreto de la vida, que es no tomarla en serio. Por eso soy al mismo tiempo anarquista y diputado ministerial. Y seré ministro porque se me ha metido en la cabeza. Gubernamental ó anarquista, ministro ó dinamitero, ¿qué más da? Todos contribuyen á la obra común. Lo mismo se destruye echando firmas que echando bombas. Mi filosofía se resume en dos máximas: cuando pasa el placer, lo recojo; cuando pasa el dolor, lo desdño. Si á mí me diera la ventolera de contraer matrimonio—que no me dará—yo, sí, yo podría casarme. Si mi mujer se ponía fastidiosa, la daría un puntapié. Si tenía chiquillos y me estorbaban, haría como Saturno: me los comería. ¡Pero tú, Agustín! ¡Tú eres un pobre hombre! ¡To lo bondad, todo sentimiento, todo corazón! Te dominará tu mujer, te inundará de hijos, trabajarás como una mula, no tendrás nunca una peseta. ¡Vamos, vamos! ¡Serías un desdichado si yo te abandonase! ¡Sermón perdido!

Ric.

AGUS.

GUST.

Ric.

AGUS

Ric.

GUST

AGUS.

GUST.

AGUS

GUST.

(Levantándose.) Si, sermón perdido, porque sé lo que vale Clotilde; porque estoy seguro de su modestia, de su bondad, de su cariño.

¡Seguro y no hace cuatro meses que la conoces!

Nada; no te molestes. No hay quien le convenza. Yo me he propuesto no hablarle más del asunto.

(seco.) Y haces bien.

¿Lo ves? (A Gustavo.)

Agustín sabe que todo lo que yo le digo es por su interés.

Gracias; pero en este negocio me basto yo solo. ¿Vámonos, Ricardo?

¿Te has enfadado conmigo?

Oh, no, ¡qué tontería!

Por eso.

AGUS

Es que ya es muy tarde. Tengo un asunto urgente. Ibamos á él cuando te encontramos en el coche.

Ric.

Ven con nosotros.

GUST.

No puedo, tengo que despachar todo eso. (Señalando la mesa supletoria.)

Ric.

Ah, ya.

AGUS.

Hasta la noche, pues.

Ric.

Adiós.

GUST.

Adiós. (A Agustín.) Y ya hablaremos de eso más despacio. Aunque te enfades.

AGUS.

Cuando quieras. (Vanse Agustín y Ricardo.)

### ESCENA III

GUSTAVO Y PEPITO

GUST.

(Acercándose á la mesa de Pepito.) ¿Qué hay?

PEP.

Pues .. muchas cosas.

GUST.

Vengan. (Con prisa.)

PEP.

Ha estado María Luisa.

GUST.

Lo suponía. No he tenido tiempo de ir á verla. ¿Qué ha dicho?

PEP.

Que volverá.

GUST.

¿Cuándo?

PEP.

Pues .. (Sacando el reloj.) dentro de una hora.

GUST.

Bueno. ¿Qué más?

PEP.

(Sacando del bolsillo la carta de Clotilde y dándosela.) Esta carta. (Gustavo la coge y la lee.)

GUST.

¿Por qué está abierta esta carta?

PEP.

No la abrí yo. La abrió María Luisa.

GUST.

¿Muria Luisa!

PEP.

Estaba encima de la mesa. La vió, la cogió...

GUST.

¿Y la levó?

PEP.

Naturalmente.

GUST.

¿Qué barbaridad! ¿Pero tú sabes lo que has hecho?

PEP.

¿Yo?

GUST.

Eres un imbécil. ¡Qué desgracia la de no encontrar más que imbéciles! En fin, menos mal que á María Luisa se la convence pron-

- to... Al principio mucho gritar, y luego... Lo peor es ese desdichado Agustín, queriéndose casar con... ¡Qué barbaridad, qué barbaridad! ¿Cuándo vino esta carta?
- PEP. No sé; cuando llegué ya estaba aquí.
- GUST. A ver, toca el timbre. (Entra el Criado.) ¿Quién ha traído esta carta? ¿A qué hora?
- CRIADO ¿Un sobre azul? (Gesto afirmativo de Gustavo.) La traje un continental... serían las nueve y media. Poco después de marcharse el señorito.
- GUST. Está bien. (El Criado se va.) ¡Claro! Ahora Clotilde pensará...
- PEP. La verdad es que...
- GUST. Calla, hombre, calla...
- PEP. ¿Y qué va usted á hacer?
- GUST. No sé... Coger el tren, plantarme otra vez en París, y dejar que cada uno se las arregle como pueda.
- PEP. Acaño sería lo mejor.
- GUST. No, no puedo hacer eso. Sería una cobardía y una canallada. ¡Ese Agustín, ese Agustín! Vamos á firmar. (Se sienta ante la mesa y va despachando las cartas que Pepito le pone á la firma.) ¿Conque María Luisa se habrá puesto furiosa?
- PEP. ¡Uf! No quiera usted saber...
- GUST. Me lo figuro. En el primer ímpetu es una yegua brava.
- PEP. Además, le quiere á usted mucho.
- GUST. ¿Quién? ¿esa? Esa no sabe lo que quiere. Y es lástima, porque, fuera de ello, es encantadora.
- PEP. ¿A que salimos ahora con que el que la quiere es usted?
- GUST. ¿Yo? Sí; á ratos. (Entra el Criado.)
- CRIADO Señorito.
- GUST. ¿Qué hay?
- CRIADO Dos señoras preguntan por usted.
- GUST. ¿Dos? (Con asombro.)
- CRIADO Dos.
- GUST. ¿(¿)yes, Pepito? ¡Dos! (Con intención.) ¿Las conoces? (Al Criado.)
- CRIADO No, señorito.

- GUST. Bien, que pasen. (Pepito hace ademán de retirarse. Reteniéndole.) No, no, espera. Veamos quiénes son.

#### ESCENA IV

DICHOS, CLOTILDE, MISS JENNY

- GUST. (Muy sorprendido.) ¡Clotilde! (Clotilde avanza, él se acerca, y hablan en voz baja. Jenny se queda un poco separada de la puerta. Pepito sigue ante su mesa, pero en pie.) ¿Tú aquí?
- CLOT. Tengo que hablarte, Gustavo.
- GUST. ¡ero mujer!
- CLOT. Y puesto que me huyes...
- GUST. ¿Yo huírte?
- CLOT. Te he escrito una carta...
- GUST. Que he recibido hace diez minutos. ¿De otro modo, cómo podías suponer?...
- CLOT. Pues lo supuse.
- GUST. Pues hiciste mal. Tan mal como en venir aquí. Es una imprudencia. Si alguien te ha visto...
- CLOT. No, vengo por mi gusto, puedes creerme.
- GUST. ¿Entonces?
- CLOT. Ya te he dicho que tengo que hablarte.
- GUST. (A Jenny.) Miss Jenny, ¿sigue usted tan amante de su país?
- JENNY. (Con acento extranjero.) Siempre.
- GUST. ¿Quiere usted ver algunos cuadros muy interesantes que he traído de allá?
- JENNY. Oh, con mucho gusto.
- GUST. Pepito, ¿quieres hacer el favor de enseñárselos? Están sin desembalar todavía... Ya verá usted; hay cosas muy bellas.
- PEP. (A Jenny.) Cuando usted guste.
- JENNY. Con su permiso. (salen ambos puerta derecha.)



ESCENA V

GUSTAVO Y CLOTILDE

- GUST. Perdóname. Comprendo que no tengo el derecho de reconvenirte. Pero no creía de tu buen juicio un paso como éste. Lo repito: hiciste mal en escribirme y has hecho peor en venir. ¿Tan urgente es lo que tienes que comunicarme?
- CLOT. Sí, Gustavo, es urgente y es grave. Te confieso que me causa verdadera violencia el decirte lo, que yo no habría querido volver á hablar contigo á solas. Ya sé que te importa muy poco para que pueda interesarte nada que conmigo se relacione.
- GUST. Eres injusta. Yo te respeto y te quiero sinceramente. (Ella sonríe con amargura.) No lo dudes. Te respeto y te quiero. Siéntate.
- CLOT. ¿Para qué? La entrevista será brevísima.
- GUST. No importa. Te ruego que te sientes. (Clotilde se sienta.) Espera. (Toca un timbre y viene un criado.) No estoy en casa para nadie, ¿lo entiendes? ¡Para nadie!
- CRIADO Está bien, señorito. (Vase.)
- CLOT. Te molestaré poco tiempo.
- GUST. No me molestas nunca. Te quiero bien, créelo. Solo deseo tu felicidad. Y por si la confusión que vienes á hacerme puede serte penosa voy á abrirte el camino adelantándome á tus palabras. Has venido á darme la noticia de tu matrimonio.
- CLOT. ¿Cómo? ¿Te lo han escrito?
- GUST. No; tranquilízate. Acabo de saberlo hace pocos minutos.
- CLOT. ¿Quién te lo ha dicho?
- GUST. Él.
- CLOT. ¡Agustín!
- GUST. Sí, Agustín. Ya sabes que es el mejor amigo que tengo.
- CLOT. ¿Y tú?... (Intranquila.)
- GUST. La sospecha me ofende. Ni antes ni ahora—

- á pesar de ser Agustín más que un hermano mío—en mis conversaciones con él sonó jamás para nada tu nombre. El lo ha pronunciado por primera vez al anunciarme vuestro casamiento. Y yo he hablado de tí como debía hablar, sin regatearte las alabanzas que mereces.
- CLOT. Gracias, Gustavo. Si antes causaste mi desventura, hoy me haces un gran bien. Te perdono por lo pasado y te agradezco lo presente. Y, puesto que no ves inconveniente alguno para mi matrimonio... (Gustavo hace un gesto de contrariedad.) ¿Cómo?
- GUST. No, no me has entendido. ¿Casarte tú con Agustín? ¿Tú? Perdona, Clotilde, perdona, pero eso es imposible.
- CLOT. (Levantándose y llevándose las manos á la cabeza.) ¡Señor! ¡Señor! ¡Yo debería ser el juez y parezco el reo! Pero, ¿es esto justicia? Pero, ¿es que en ellos los delitos más crueles, más implacables, pueden remediarse fácilmente, y á nosotras un momento de debilidad ha de condenarnos para toda la vida?
- GUST. Vamos, Clotilde, vamos... no sabes lo que me estás haciendo sufrir.
- CLOT. ¡Sufrir! ¡Todavía habré de ser yo la que compadezca!
- GUST. Siéntate, hija, siéntate y hablemos con calma. (Clotilde vuelve á sentarse.) Ante todo, ¿qué ves tú en Agustín para consentir en ser su mujer?
- CLOT. Veo al que va á darme lo que no tenía, lo que ya nunca esperaba tener; cariño, ternura, apoyo, calor, esperanza de ser dichosa, alegría de amar y ser amada. Y, ¿serás tú, precisamente tú, quien impida que yo consiga este justo desquite?
- GUST. Sí. ¿Parece una ironía del destino, verdad? ¿Parece una gran crueldad de mi parte? ¿no es cierto? Y sin embargo es así... Yo estoy resuelto—ya sabes la firmeza de mis resoluciones—á que no se verifique ese matrimonio. En tres meses no es posible que Agustín te haya inspirado una pasión indoma-

ble. Tú hallarás un pretexto para la riña, sabrás olvidarle y, seguramente, con tus extraordinarios merecimientos, no tardarás en encontrar otro hombre que labre tu felicidad, ya que yo—hablándote ruda y lealmente—no me sentí capaz de hacerla, y ya que Agustín, por su inquebrantable amistad conmigo, no es tampoco el que la ha de hacer.

CLOT. ¡Siempre el mismo! ¡Duro como las piedras! Arrancas la flor en el jardín, la marchitas, la pisoteas, la abandonas y no le concedes siquiera el derecho de demostrar su gratitud al que la ha recogido de enmedio de la calle.

GUST. Sí, lo comprendo, lo confieso, todas las apariencias te autorizan para hacerme cargos. Y sin embargo, yo estoy seguro de mí. Sé que no soy tan malo. Mi inclinación á tí era más poderosa que mi voluntad. La ocasión favoreció al amor... Pero luego, luego... ¿no habría sido peor encadenarte á mí para arrinconarte y hacerte desgraciada? Me conozco y sé que yo no podría ser de otra manera, que no podría vivir sino como vivo, que mi temperamento me empuja irresistiblemente á la alegría y al placer, que mi mujer sería una víctima sin consuelo... Tuve por lo menos la franqueza de declarártelo. Sin embargo, si tú hubieras querido...

CLOT. (Levantándose.) Gracias por el recuerdo. Te digo hoy lo que te dije entonces. No he caldo tan bajo que pida limosna.

GUST. ¡Clotilde!

CLOT. No, no te alarmes. No vengo á solicitar de tí nada más que silencio y olvido. Enterremos el pasado en nuestra conciencia, Gustavo. (Breve pausa.) Agustín puede hacerme feliz y yo á él. ¿Por qué no quieres que lo seamos?

GUST. ¿Es decir que vienes á suplicarme el sacrificio de mi honor?

CLOT. Tú conmigo no te tomaste siquiera esa molestia.

GUST. ¿A qué inferirnos mortificaciones? Yo te conozco bien; yo sé lo que vales; para mí serás siempre la mujer más honrada del mundo. Que no se tratara de Agustín y yo sería el primero en decir: «calla». Pero Agustín es mi amigo, mi mejor amigo, el único. Ya sabes mi modo de pensar. Yo no tengo rutinas. Miro con frialdad la religión, la patria, la familia, ¡y creo en la amistad! El amigo no es la tradición que nos sugestiona, no es el país en que nos hicieron nacer, no es la persona con quien nos pusieron desde niños á vivir, no es siquiera el egoísmo del placer que nos lleva al amor. No; es la simpatía noble y desinteresada, la libre elección por nuestra voluntad, algo que forma parte de nuestras ideas, de nuestros sentimientos, de nuestros impulsos, de nosotros mismos. Para mí, sólo hay una mujer sagrada; la mujer del amigo. ¡Y yo, yo había de estar á todas horas junto á Agustín, sintiendo con él, pensando con él, confiándome nuestros proyectos, nuestros afanes, nuestros dolores y oyendo siempre dentro de mí una voz acusadora gritando: ¡Traidor, le has engañado, le has ofendido en lo que más ama!—No Clotilde, no; yo no soy ese hombre. A la primera ocasión no sabría dominarme, iría á buscarle y le diría:—Agustín, esta mujer á quien adoras y crees que sólo ha sido tuya, fué mía también. Acabó desde hoy para los tres la felicidad. (Pausa. Clotilde llora.) Es más: tratárase de un hombre como yo, y aun te complacería. ¡Allá él, que después se las arreglara como pudiera! ¡Pero el pobre Agustín! Un ser débil, sentimental, lleno de prejuicios... No es de los que matan, es de los que lloran. Por esto merece más consideración.

CLOT. (Levantándose y enjugándose el llanto.) ¿De suerte que tu sentencia es irrevocable?

GUST. Completamente, por doloroso que me sea el decirte lo.

CLOT. ¿De manera que quieres ultrajarme dos veces?

- GUST. No; esta te honro. ¿Qué mayor honra que decir la verdad? ¿Ves como no le quieres? Si le quisieras no le engañarías, ¿qué digo, engañar? Ni la duda siquiera de engañarle podría caber en tí. Y para que veas que no soy tan cruel como supones, oye una cosa: Estoy dispuesto á sacrificarte hasta la amistad de que vivo más seguro y que correspondo con mayor eficacia. Me resigno hasta á separarme para siempre de Agustín, y que él me aborrezca con tal de que no pueda acusarme de haberle traicionado.
- CLOT. ¿Siendo tú mismo mi denunciador?
- GUST. Nunca pasó por mi imaginación semejante idea.
- CLOT. ¿Entonces?...
- GUST. ¿Por qué he de ser yo quien se lo diga? Se lo diras tú.
- CLOT. (Exaltada.) ¿Yo? ¡Nunca! ¿Para que me odie? ¿Para que me desprecie? ¿Para que me aborrezca? ¡No, no! ¡Jamás!
- GUST. Piénsalo bien.
- CLOT. ¡Nunca!
- GUST. En ese caso es inútil que sigamos hablando. Busca un pretexto para terminar vuestras relaciones (Friamente)
- CLOT. ¿Pero con qué derecho tratas de oponerte á mi felicidad? ¿No te basta haberme hecho desgraciada tres años? ¿Quieres hacerme para toda la vida?
- GUST. A nada conduce seguir martirizándonos. En el mundo hay otros hombres.
- CLOT. ¡Cobardel! ¡Canalla! (Bajo y con ira.)
- GUST. Vamos, vamos, Clotilde. Suspendamos esta conversación dolorosa. Por última vez te lo aconsejo: piénsalo bien.
- CLOT. (Después de una pequeña pausa.) Está decidido. Me casaré con Agustín.
- GUST. ¿Sin confesarle nuestro secreto?
- CLOT. Sería darle un dolor inútil. Sin confesárselo.
- GUST. Pues yo te aseguro que no te casarás. (Firme.)
- CLOT. ¿Cómo?
- GUST. Si tú no se lo dices, ¡se lo diré yo!
- CLOT. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pero hasta cuándo va

- á perseguirme este hombre! (Transición.) ¿Es tu última palabra?
- GUST. La última.
- CLOT. (Haciendo esfuerzos para dominarse.) Está bien. (Se dirige á la puerta derecha y llama en voz baja.) ¡Miss Jenny!
- GUST. (Lejos de ella, como disculpándose.) ¿Por qué han de ofenderte mis palabras? Ya ves... Es un deber de amigo.
- CLOT. (Le mira con altivez y después vuelve á llamar, pero ya en voz alta.) ¡Miss Jenny! (Entran miss Jenny y Pepito.) Vámonos. (Clotilde y miss Jenny se dirigen precipitadamente hacia puerta foro. Gustavo trata de detenerlas. Clotilde le mira de alto á bajo y sale seguida de su institutriz. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO